

ros se pararon y los soldados riendieron las armas, pidiendo á gritos que se perdonase la vida al emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocin en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo emperador, adelantándose hácia el capitán español con tanta dignidad como presencia de espíritu, le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle y que únicamente recomendaba su esposa y las que estaban con ella á la cortesía de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocin estaba prisionero rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros días que siguieron á la conquista de Méjico se pasaron en estrepitosas demostraciones de regocijo y envanecimientos por el triunfo; pero á estos transportes de alegría sucedieron bien pronto las murmuraciones y las quejas, á vista de la escasa parte de botín que cada soldado iba á recibir por premio de tantas fatigas. Los descontentos acusaban, ya á Guatimocin, ya á Cortés, atribuyéndoles que habían ocultado para ellos una gran parte de los tesoros del imperio.

En vano el general trató de apaciguarlos: Alderete, que había sido nombrado tesorero real, se presentó á Cortés á la cabeza de los amotinados y pidió, en virtud de sus funciones, que se le entregasen Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar el parage del lago donde se había arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban; Guatimocin y su ministro fueron puestos á cuestion de tormento.

Admirable fué la firmeza del emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales había carbones encendidos. El ministro de Guatimocin sufrió al principio el tormento con valerosa resignación; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hácia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fría á su ministro:

—¿Y yo estoy acaso aquí puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos.

La conquista de la capital produjo la sumisión de las provincias del imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico que no era mas que un montón de ruinas: esta ciudad, destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacía.

El amor de la libertad, que no podía estar comprimido, hizo que estallasen conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearón una venganza terrible; la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades, cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Panuco 60 caciques y 400 nobles mejicanos fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las víctimas fuesen testigos de aquella horrible escena.

Guatimocin no sobrevivió mucho tiempo á la destrucción de su imperio; le acusaron de incitar y favo-

recer la rebelion de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prision. Se apoderaron de él lo mismo que de los caciques de Tezcuco y de Tacuba, y todos tres fueron ahorcados en medio del día en un pueblecillo indio, por donde pasaron los españoles en su expedición á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas auxiliares en esta expedición, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.

Cortés preparaba una expedición desde Méjico á Honduras para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le había rebelado; pero un comisario enviado por la corte de España llegó á Méjico. Apenas había llegado cuando cayó enfermo y murió, por lo que los empleados reales engañados en su esperanza, renovaron sus quejas y sus denuncias á la corte de España, que nombró una nueva comisión, provista de mas amplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

Cuando Cortés supo esta providencia del gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Carlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolución, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él además absuelto de antemano con la misma admiración que escitaba en todas partes la presencia de un hombre que se había ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Carlos V le recibió con mucha distinción, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde y le concedió una vasta estension de territorio en Nueva España.

De vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que experimentaba; para no echar de menos su decaído poder equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico, con ánimo de hacer descubrimientos en el gran mar del Sud. El resultado de esta expedición, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, unida á la América Septentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que había dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podía contar aun con la justicia del monarca, y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frío recibimiento que le hicieron en la corte y por la desdenosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus días, y murió en su patria el 2 de diciembre de 1547, á los 73 años de edad. Su cuerpo fué trasportado, conforme él lo había pedido al morir, á Nueva España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados despues á la Habana como los de Colon, y casi en la misma época.

Esta es la historia abreviada de Méjico. Ahora oigamos, no obstante, las líneas con que Solís termina su historia, que son tambien la conclusion de aquella guerra sangrienta:

«Sucedió la prision de Guatimocin, dice, y la total ocupacion de Méjico á 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito, en cuya memoria celebra hoy aque-

Ha ciudad la fiesta de este insigne mártir con título de patron. Duró el sitio 93 días, en cuyos varios accidentes prósperos y adversos se deben igualmente admirar el juicio, la constancia y el valor de Cortés; el esfuerzo infatigable de los españoles, la conformidad y obediencia de las naciones amigas (se refiere á los mejicanos que tomaron parte con España), concediendo á los mejicanos la gloria de haber asistido á su defensa y á la de su rey hasta la última obligacion del espíritu y la paciencia.

»Preso Guatimozin y rendida la ciudad, cabeza de aquel vasto dominio, vinieron á la obediencia, primero los príncipes tributarios, y despues los confinantes, unos á la opinion y otros á la diligencia de las armas, y se formó en breve tiempo aquella gran monarquía que mereció el nombre de Nueva España, debiéndola el Máximo Emperador Carlos V á Fernando Cortés, no menos que otra corona digna de sus reales sienas. ¡Admirable conquista, y muchas veces ilustre capitán, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia!»

España permaneció pacíficamente en el dominio de su rica conquista, hasta en el momento en que pronunciado el espíritu de insurreccion en casi todas las colonias americanas, perdió con Méjico uno de los florones mas espléndidos de su corona. La insurreccion de 1810 fué seguida de la efimera dominacion de un desdichado llamado Iturbide, hasta que en 1821 se estableció definitivamente una república, la cual no ha tenido desde entonces un instante de bienestar ni ventura. Desgarrada, escarnecida por bandos tan mezquinos como sangrientos, la pobre Méjico, si ha ganado algo con su emancipación de la metrópoli, es que los norte-americanos le roben el mejor de sus estados, y amenacen arrebatarle sucesivamente los demas. ¡Triste leccion ha sido lo mismo para Méjico que para otras colonias la intempestiva cuanto obstinada ambicion de independencía, y lo que es mas aun, su horrenda ingratitud á la madre patria, pues sabido es que los revolucionarios de América fueron los descendientes de los que la conquistaron.

Méjico está situada entre los 89 y 126 grados de longitud Oeste, y entre los 16 y 42 de latitud Norte. Este pais tiene por limites al Norte los Estados Unidos, al Este el golfo de Méjico, al Sur Guatemala y al Oeste el grande Océano.

En el Océano Atlántico el golfo de Méjico, cuyos puntos de desembarco mas notables son las bahías de Campeche y Veracruz, y en el mar de las Antillas el golfo de Honduras forman las playas mejicanas por una parte, mientras que el golfo de California, el de Panamá y la Puerta de Galera en Colombia las forman por el otro lado. Apenas hay paises tan poco bañados y desprovistos de rios navegables como las provincias mas bellas y pobladas de Méjico, aunque el pais no carece de altas montañas, pues hay en él una gran cordillera que el geógrafo Balbi considera como una prolongacion de los Andes, y que se estiende desde el istmo de Panamá hasta mas allá de los 58 grados de latitud Norte.

Los puntos culminantes del sistema general de las montañas de Méjico son: el volcan de Popocatepetl ó de Puebla de 5,542 metros de altura, el volcan ó pico de Orizaba de 5,434: la Sierra Nevada de Méjico de 4,912; y el Nevado de Toluca de 4,744.

En cuanto al clima, Méjico puede dividirse en tres regiones distintas: 1.º las playas que bordan las

dos masas, y que los criollos llaman *tierras calientes*, que tienen su clima devorador, bajo el cual se desarrollan todos los azotes de la zona tórrida; y entre ellos la fiebre amarilla y las calenturas intermitentes; 2.º los valles de mitad de la costa, que se elevan á 4,200 metros sobre el nivel del mar, y que se llaman *tierras templadas*, donde el clima es constantemente dulce, reina una primavera continuada, y la vegetacion tiene un vigor extraordinario, aunque es la region de las nubes y el aire se reviste siempre de brumas y humedad: 3.º las *tierras frias*, por último, en las cuales el aire es seco, y la vegetacion, á pesar de la dulzura de los inviernos, menos fuerte que en Europa. Pero bajo el aspecto de la salubridad, Méjico, exceptuando las playas de los dos mares y algunos valles profundos, puede considerarse como un pais muy sano.

Méjico posee minas abundantes de los mas preciosos metales. Puede decirse sin exageracion que es la patria de la plata, segun el ilustre Humboldt, las nueve décimas partes de la plata repartida por el mundo es de este pais. Tambien tiene minas de oro, estaño, mercurio, cobre, plomo, hierro, zinc, antimonio, arsénico, etc.

Si pasamos al reino vegetal no hallaremos menos riquezas.

«Entre otras plantas particulares de esta region, dice un viagero, se encuentran muchas palmeras y otras infinitas clases, y sobre la costa de Méjico hay encinas. Las dalias, esta bella flor, tan comun ya en Europa, proviene de aqui. En la region fria, rozándose con las nieves perpétuas, hay una porcion de flores indígenas de los climas septentrionales. En los puntos menos altos se hallan tambien muchas, que con algunas accidentales diferencias, son como las de Europa, como valeriana, rosas, saúces, violetas y otras. Un árbol que causa admiracion en el viagero por su porte, follage y órganos florales es el que crece cerca de Toluca y es llamado cheirostemon-platanoides por Mrs. Humboldt y Bonpland, y árbol de las manitas por los mejicanos, á causa de la semejanza de sus estambres con los cinco dedos de la mano. Sobre el hortal es donde se recoge la preciosa cochinilla, y hay grandes plantaciones de ellos en el estado de Oaxaca. En este pais hay tambien abundancia de maiz, que es el principal alimento de hombres y animales, y trigo, tabaco, azúcar, algodón, cacao, plátanos, ñame, especia, jalapa, vainilla, azafran y todos los frutos de la zona templada y de la tórrida. La viña y el olivo florecen tambien fácilmente, y desde hace algun tiempo su cultivo es mas general. El pueblo antes suplía el vino con el jugo fermentado del maguey que se preparaba convenientemente. Los bosques abundan en palos de campeche y otras maderas de tinte y resina. Tambien se encuentran cerezos, manzanos, nogales y moreras.»

El reino animal de un pais semejante debe hallarse naturalmente en armonia con la fecundidad de su suelo. Empecemos por las especies útiles al hombre. En los campos se crian numerosos ganados de bestias mayores, de carneros, puercos, mulos, caballos de raza muy bella y muchos de los cuales viven en estado salvaje. Los bosques y las montañas de Méjico dejan sospechar el jaguar y el conguar, que se consideran como el tigre y el leon de aquel hemisferio. Tambien se encuentran osos, búfalos, bueyes, el xoloitzcuintly, especie de lobo sin piel, el telinchi, perro

mudo, el apaxa ó ciervo americano, el berendos, especie de antilope, y el puerco espin. La ornitología se reduce á algunas águilas, algunos buitres, algunos gavilanes, el ruiseñor de Virginia de plumage de escaflata, el pájaro resucitado ó pájaro mosca del tamaño de una abeja, y otra porcion de aves acuáticas. Las costas y las riberas abundan en peces, y entre

barajas, etc. Los indios sobresalen en los cuadros de plumas y en el tejido de las hamacas.

Méjico está en una posicion muy ventajosa para el comercio de Europa y Asia, y posee muchos puertos buenos; pero sus costas son inabordables por espacio de algunos meses del año, á causa de las frecuentes tempestades de que son teatro. Los objetos de espor-



Tipos y trages mejicanos.

ellos e' caiman, que es tan formidable como el cocodrilo de Santo Domingo ó el caiman de espejuelos de Colombia.

La poblacion de Méjico, valuada en 1808 por Mr. de Humboldt en 6.500,000 habitantes, ha aumentado bastante despues, y segun algunos puede calcularse hoy en un millon mas. La quinta parte sobre poco mas ó menos es de blancos, otra quinta de mulatos y negros, y las restantes de indios civilizados.

Muchas razas indígenas han existido y existen aun en el territorio de Méjico; pero los verdaderos mejicanos ó aztecas forman la agregacion mas numerosa.

«Una division del año mas exacta, dice un viajero moderno, que la de los griegos y romanos, una escritura ideográfica, el papel de pita, las hermosas cartas geográficas, las obras de piedra, las ciudades, los diques, los caminos, los canales, las pirámides inmensas, las instituciones civiles, militares y religiosas, todo anunciaba en este pueblo ser el mas culto que los españoles encontraron en América.»

Es inútil enumerar las 14 ó 15 naciones que habitan en las diferentes partes de Méjico.

Pasemos á la industria. Hay muchas ciudades de la Confederacion mejicana como Méjico, Puebla, Queretaro, Guadalajara y otras menos importantes, y aun los mismos pueblecillos, tienen fábricas de orfebrería y bisutería, donde se han ejecutado obras de una gran perfeccion. Tambien hay fábricas de hilo de oro y plata, manufacturas de paños, carruages, sillerías, cigarros, pipas, jabon, fósforos, carpinterías, loza,

tacion consisten en oro y plata, vainilla, cacao, algodón, palo de campeche, jalapa, azúcar, etc. En el comercio de importacion están comprendidas las sede-



Aguador mejicano.

rias de Francia, los tules de Alemania, las muselinas y otros géneros.

La confederacion mejicana está dividida en 20 estados y cuatro territorios, y ademas el distrito fede-

ral. El interior de Méjico viene á ser una vasta plataforma generalmente elevada á 3,000 metros, y que parece inclinarse al Norte en sentido contrario al curso de los rios. Encierra un gran número de ciudades, en las cuales se encuentran algunas, donde hay vestigios de una antigua civilizacion.

Méjico, asiento del distrito federal y capital de la Confederacion mejicana, es la residencia del gobierno. Esta ciudad está construida en el lugar de la antigua Tenochtitlan, y situada al Oeste de un gran lago en una llanura triste y llena de pantanos. Es una de las ciudades mas regulares y hermosas del mundo. Las principales calles anchas y generalmente estensas parten de los cuatro puntos cardinales, y tienen un empedrado de piedras chiquitas y redondas, con buenas aceras y alumbrado de reverberos por la noche. Construidas uniformemente con piedra tallada, las ca-

una gran cruz puesta en su centro sobre una base que descansa en cuatro pilares tan atrevidos como elegantes. Esta iglesia metropolitana es muy rica; posee entre otras cosas una lámpara de plata mas grande que tres hombres, y dentro de la cual se entra para apagarla.

La iglesia que está junto á la catedral, el Sagrario, que sirve para los oficios parroquiales, es un gran cuadrado de muy buen efecto. Frente por frente de la catedral está el palacio del gobierno (residencia un tiempo de nuestro virey), que es tambien un hermoso cuadrado aislado de cerca de una milla de circuito, y respira una magnificencia verdaderamente régia, ostentando espaciosos patios y pórticos hermosos. Aquí es donde reside el presidente de la Confederacion mejicana, encontrándose ademas en su recinto muchas oficinas públicas, la cárcel, la casa de moneda, el



Vista de Méjico.

sas tienen de dos á tres pisos, con fachadas pintadas de blanco, rojo ó verde y adornadas con pasages de la Biblia ó con adornos de porcelana que forman dibujos moriscos.

La gran plaza es una de las mas hermosas que se conocen. En el centro se eleva una bella estatua ecuestre de Carlos IV, rey de España, hecha en Méjico por un español. «Sin duda alguna, dice Balbi, es la obra de mas mérito que se haya ejecutado en el Nuevo Mundo.» Los contornos de la plaza los forman magníficos edificios, entre los cuales se cuenta la catedral, que es el mas bello y vasto templo de América. Sobre los costados de la fachada se alzan dos hermosas torres, á las cuales solo falta mas elevacion para ser de una gran importancia. El interior es magnífico; hay

jardin botánico, la Biblioteca y la imprenta del gobierno. La casa de moneda de Méjico, á pesar de la imperfeccion de las máquinas, debe considerarse como el establecimiento mas notable de su clase que haya existido jamás por la prodigiosa cantidad de piezas que fabrican y por su elegante construccion.

La Escuela de minas es un edificio que no cede en grandeza ni belleza de arquitectura á ningun otro de su género de Europa; pero desgraciadamente está construido en un terreno humedo, y sus cimientos faltan de solidez y comprometen mucho el edificio. Aquí se encuentra el observatorio, donde el baron de Humboldt hizo las observaciones que sirvieron para rectificar tantos errores propagados por los sabios y viajeros que le habian precedido en la descripcion de América.

Podía llamarse Méjico, dice Balbi, la *ciudad santa del Nuevo Mundo*; tal es el número de sus iglesias, capillas y conventos. Muchos de estos edificios son, por decirlo así, pequeñas ciudades que encierran en su recinto otras iglesias además de la principal, y algunos merecen la atención del viajero que llegue de la propia Roma, pues reúnen la grandeza á la magnificencia, la magestad á la riqueza; y las bellas artes, especialmente la pintura, han derramado en ellos tesoros muy estimables. Las iglesias mejores son San Agustín, San Francisco, Santo Domingo, San Fernando, la Profesa, la Concepción y la Encarnación. Esta última, lo mismo que la inmediata anterior, son notables especialmente por su inmensa estension, y en la de la Encarnación se ve una estatua de Ntra. Señora de plata maciza muy bien trabajada; Mr. Beltrani opina que el coro del convento de San Fernando es una de las obras maestras mas bellas que existen en cincel y no-sáico. El convento de los franciscanos es un inmenso edificio, y su iglesia está adornada de cuadros de mucho mérito. El monasterio de la Profesa es digno de la atención de los extranjeros por la elegancia y riqueza de los ornamentos de su iglesia. Además de la plaza grande y del jardín botánico, Méjico posee dos hermosos paseos públicos, el Paseo, plantado de una doble hilera de árboles, y la Alameda. De este último, dice Beltrani que es digno de la mejor capital del mundo por la magnificencia de sus fuentes y otros accesorios.

El esplendor monumental de Méjico, superior con mucho al de toda otra ciudad hispano-americana, además de ser una prueba de la atención que nuestros monarcas fijaron siempre en Méjico, su florón más querido, echa por tierra victoriosamente esa cáfila de patrañas inventadas por los extranjeros y los mejicanos rebeldes respecto de nuestra dominación en este país, la cual califican de grosera y brutal. Porque es bueno que sepan los que lo ignoran ó afecten ignorarlo, que todos los edificios de algun valor que ostenta Méjico y que la colocan en el rango de las ciudades mas hermosas, han sido hechos por los españoles, y que después de su independencia los mejicanos no han construido sino malas casas, exceptuando, sin embargo, un teatro nacional, que parece tiene algun mérito. Algo mas hubieran adelantado los mejicanos con nosotros, y mejor papel harían en el mundo.

Descrita ya la ciudad de Méjico, tal como es actualmente, le daremos á conocer como era cuando Hernán Cortés arribó á ella, para lo cual extractaremos las siguientes palabras de Solís.

«La gran ciudad de Méjico, que fué conocida en la antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlan*, tendría en aquel tiempo 60,000 familias de vecindad repartidas en dos barrios, de los cuales se llamaba el uno *Tlatelulco*, habitación de gente popular, y el otro *Méjico*, que por residir en él la corte y la nobleza dió su nombre á toda la población.

»Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos rios y vertientes rebalsadas en el valle se formaban diferentes lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de 50 poblaciones la nación mejicana. Tendría este pequeño mar 30 leguas de circunferencia, y los dos lagos que le formaban se unían y se comunicaban por un dique de piedra que los dividía, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenían sus

compuertas levadizas para cebar el lago inferior siempre que necesitaban socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el mas alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento, y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima, no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra donde se detenían, gruesa y salitrosa por aquel parage, pero de grande utilidad para la fábrica de sal que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedía la resaca.

»En el medio casi de esta laguna sa'obre tenía su asiento la ciudad, cuya situación se apartaba de la línea equinoccial hácia el Norte 19 grados y 13 minutos dentro de la zona tórrida, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra esperiencia cuán poco se puede fiar de la humana sabiduría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaba conocer á un tiempo el frio y el calor, ambos con moderada intension, y la humedad que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos ó morigerada con el beneficio del sol.

»Tenía hermosísimos lejos en medio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra por sus diques ó calzadas principales, fábrica suntuosa que servía tanto al ornamento como á la necesidad: á una, de dos leguas hácia la parte del Mediodía, por donde hicieron su entrada los españoles; la otra de una legua, mirando al Septentrion, poco menor, por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas y espaciosas; unas de agua, con sus puentes para la comunicacion de los vecinos, otras de tierra sola, hechas á la mano, y otras de agua y tierra, los lados para el uso de la gente y el medio para el paso de las canoas ó barcas de tamaños diferentes, que navegaban por la ciudad ó servían al comercio, cuyo número toca en increíble, pues dicen que tendría Méjico entonces mas de 50,000 mil, sin otras embarcaciones pequeñas que allí se llamaban *acalas*, hechas de un tronco y capaces de un hombre que remaba para sí.

»Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componía la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricadas; las que ocupaba la gente popular humildes y desiguales; pero unas y otras en tal disposicion, que hacían lugar á diferentes plazas de terraplen donde tenían sus mercados.

»Era entre todas las de Tlatelulco de admirables capacidad y concurso, á cuyas ferias acudían ciertos dias en el año todos los mercaderes y comerciantes del reino, con lo mas precioso de sus frutos y manufacturas, y solían concurrir tantos, que siendo esta plaza, segun dice Antonio de Herrera, una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas, puestas en hileras, y tan apretadas que apenas dejaban calle á los compradores. Conocían su puerta y armaban su oficina de bastidores portátiles, cubiertos de algodón basto, capaz de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el orden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Había hileras de plateeros, donde se vendían joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos die-

ron en qué discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo género, donde se hallaban molduras y relieves, sin que se conociese impulso de martillo ni golpe de cincel. Habia tambien hileras de pintores con raras ideas y paisés, de aquella interposicion de plumas que daba el colorido y animaba la figura, en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y la prolijidad. Venian tambien á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el reino para diferentes usos, hechas de algodón y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad y dedicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros y hechuras esquisitas de finísimo barro que traian á vender, diversos en el color y en la fragancia, de que labraban con extraordinario primor cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y adorno de una casa, porque no usaban de oro ni de plata para sus vajillas, profusion que solo era permitida en la mesa real, y esto en días muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente, cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad.

»Hacíanse las compras y ventas por via de permutacion, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que habia menester, y el maiz ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocian; pero tenian diferentes medidas con qué distinguir las cantidades y sus números, ó caracteres con qué ajustar los precios segun sus tasaciones.

»Habia casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes y otros ministros inferiores que andaban entre la gente, cuidando de la igualdad de los contratos, y marcaban al tribunal las causas de fraudes ó esceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente los españoles la primera vista de este comercio por su variedad, por su abundancia y por el orden y concierto con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre; apárador verdaderamente maravilloso, en el que se venian de una vez á los ojos la grandeza y el gobierno de aquella córte.

»Los templos, (si es lícito darles este nombre) se levantaban suntuosamente sobre los demas edificios, y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos sacerdotes, estaba dedicado al ídolo *Vitzcilipuzli*, que en su lengua significaba dios de la guerra, y le tenian por el supremo de sus dioses, primacia de que se infiere cuánto se preciaba de militar aquella nacion. El vulgo de los sacerdotes españoles le llamaba *Huchilobos*, tropezando en la pronunciacion, y así le llama Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara; los que le vieron entonces tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las líneas á la voluntad de su consideracion: seguimos al padre José de Acosta y á otros autores de los mejor informados.

»Su primera mansion era una gran plaza en cuadro, con su muralla de sillería, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al pórtico, y estaban alli con

alguna propiedad. Poco antes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero no menos horroroso; era de piedra, con 30 gradas de lo mismo, que subian á lo alto, donde habia un género de azotea prolongada, y fijos en ella muchos troncos de crecidos árboles puestos en hileras; tenian estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una por las sienes algunas calaveras de hombres sacrificados, cuyo número, que no se puede referir sin escándalo, venian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian destrozó con el tiempo, lastimoso trofeo en que manifestaban su rencor al enemigo del hombre, y aquellos bárbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad y desaprovechada en la costumbre de los ojos la memoria de la muerte.

»Tenia la plaza cuatro puertas correspondientes en los cuatro lienzos que miraban á los cuatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia cuatro estatuas de piedra que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos, y tenian su presuncion de dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de las murallas estaban las habitaciones de los sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que recorrian todo el ámbito de la plaza, sin ofender el cuadro, dejándole tan capaz que solian bailar en ella 8 ó 10,000 personas cuando se juntaban á celebrar sus festividades.

»Ocupaba el centro de la plaza una gran muralla de piedra, que á cielo descubierto se levantaba sobre las torres de la ciudad, creciendo en disminucion hasta formar una media pirámide los tres lados pendientes, y en el otro labrada la escalera, edificio suntuoso y de buenas medidas, tan alto que tenia 120 gradas de escalera, y tan corpulento que terminaba en un plano de 40 pies en cuadro, cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas á manera de caracoles, formado por ambas haces de unas piedras negras parecidas al azabache, puestas en orden y unidas con betunes blancos y rojos que adornaban mucho el edificio.

»Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de marmol, que sustentaban, imitando bien la fuerza de los brazos, unos grandes candeleros de hechura extraordinaria; mas adelante una losa que se levantaba cinco palmos del suelo y remataba en esquinas, donde afirmaban por las espaldas al miserable que habian de sacrificar; y en la frente una capilla de mejor fábrica y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el ídolo sobre un altar muy alto y detrás de cortinas. Era de figura humana y estaba sentado en una silla con apariencia de trono, fundada sobre un globo azul que llamaban cielo, de cuyos lados salian cuatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los hombros para conducirlle cuando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias en forma de pájaro, con el pico y la cresta de oro bruñido, el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente y otra sobre la nariz; en la mano derecha una culebra rodeada que le servia de baston y en la mano izquierda cuatro saetas que veneraban como traídas del cielo, y una rodela con cinco plumages blan-